

Sarah Maldoror por Berenice Reynaud

Hay preguntas sin respuesta, lagunas, misterios y malentendidos (intencionados o no) en la carrera y la biografía de Sarah Maldoror que se resumen perfectamente en el origen de su nombre: Maldoror es el título de una de las flores «venenosas» de la cultura francesa, Las canciones de Maldoror, un libro que describe un descenso a los infiernos escrito por el poeta del siglo XIX Lautréamont. Al elegir este nombre como alias, Maldoror se situó dentro de la cultura francesa, reivindicando algunos de sus aspectos más sofisticados, aunque ligeramente elitistas, al tiempo que abrazaba su tradición iconoclasta (Lautréamont es aclamado como antecesor de Rimbaud y los surrealistas). En una palabra, rindió homenaje al dilema del intelectual negro francófono: enamorado de la cultura francesa y parte de ella, pero profundamente consciente de que nunca pertenecerá a la «corriente dominante».

Otra pregunta intrigante: ¿de dónde viene Maldoror?

Aunque rodó algunas de sus películas más conocidas en África, nació en Francia y es discreta sobre su ascendencia antillana (guadalupeña). La cuestión es que, como muchos hijos de padres mestizos, Maldoror reivindica con orgullo su herencia negra y se identifica con ella. La pregunta más desconcertante: ¿por qué no se le dio a Maldoror la oportunidad de dirigir más largometrajes después de Sambizanga? Tal y como están las cosas ahora, su filmografía es particularmente impresionante, ya que ha dirigido su cámara, su mirada incisiva y generosa, su sentido del ritmo y la poesía, a una serie de temas, desde la historia de la catedral de Saint Denis hasta la inmigración africana en París, desde la obra de poetas, diseñadores de moda, escultores y cantantes (incluido el legendario haitiano Toto Bissaint, uno de los cuatro miembros del grupo de teatro «Les Griots» que ella fundó a principios de la década de 1960), hasta la adaptación de obras literarias (como L'hôpital de Leningrad, a partir de un cuento de Victor Serge, o El pasajero del Tassili, de una novela de Akli Tadjer).

embargo, tras Monangambéé, Guns for Banta y, sobre todo, Sambizanga, se nos abrió el apetito y esperábamos más películas revolucionarias africanas de Sarah Maldoror. No solo porque todavía hay muy pocas mujeres que trabajan como directoras en el continente africano,

sino porque Sambizanga, que combina un magnífico dominio del lenguaje cinematográfico con una sensibilidad única, tanto panafricana como femenina, expresó una nueva y poderosa voz en el cine mundial: las mujeres africanas nunca habían sido mostradas con tanta compasión, comprensión y amor, con tanta atención a los detalles, al lenguaje corporal y a los modos de comunicación. Cuando el marido de María es brutalmente secuestrado por la policía, ella se ve inmediatamente rodeada por un grupo de mujeres del pueblo de todas las edades que lloran y se lamentan con ella, la consuelan y, finalmente, la tranquilizan. Tras un largo y agotador viaje en busca de su marido encarcelado, llega a la casa de unos amigos, donde es acogida por una comunidad de mujeres; una de ellas toma al bebé de María en sus brazos y le da de mamar. Bell Hooks escribió: [En Sambizanga] hay mujeres negras representadas, construidas de una manera tan diferente a lo que había visto antes, recuerdo los llantos de estas mujeres negras en su vínculo de hermandad... sus llantos me persiguen, estas mujeres negras en duelo, su dolor sin mediar, diferente.

Sin embargo, la vida de Maldoror también articula el desplazamiento esencial que define a las mujeres de la diáspora africana; su propia situación se complica por su relación con Mario de Andrade, una figura compleja y carismática que fue escritor, artista y poeta, además de líder político que contribuyó a la revolución en Angola. A principios de la década de 1960, recibieron becas para ir a Moscú (donde ella estudió con Mark Donsko) y conocieron a Ousmane Sembene, el «padre» del cine africano, ya que la Unión Soviética buscaba desempeñar un papel en los países africanos emergentes y formar a sus nuevas élites. En aquella época, las intelectualidades de izquierda de Europa, América Latina y África creían que solo el «Tercer Mundo» podía impulsar la revolución mundial. Era una época de lucha y utopía.

Sin embargo, para algunos esencialistas africanos, Maldoror sigue siendo considerada una «extranjera», redimida únicamente por «su largo servicio a las causas negras y africanas y su matrimonio [sic] con un destacado nacionalista africano». Es significativo que el mismo autor añada que «la deliberada inclinación feminista [de Sambizanga]... diluye el impacto de la preocupación de la película por la lucha guerrillera armada», olvidando mencionar que Sambizanga es una de las favoritas de Angela Davis.

Cuando Maldoror regresó a vivir a Francia y comenzó a trabajar para la televisión a finales de la década de 1970, se enfrentó a otro aspecto de este dilema cultural (caracterizado por los franceses como *métissage*): como se reivindica a la vez francesa, antillana y africana, no se la considera de ningún lugar (no lo suficientemente africana para algunos, demasiado negra para otros) y, como mujer, tiene que luchar contra los prejuicios transfronterizos a nivel profesional.

Además, la televisión francesa no es conocida por la diversidad cultural de sus programas, ya que postula un espectador medio blanco. Por lo tanto, es un testimonio de la resistencia, la fuerza y la determinación de Maldoror que, mientras la financiación para otro largometraje sigue eludiéndola, haya logrado trabajar en una variedad de formatos (cortometrajes, telefilmes, medimetrajes) y, entre una serie de trabajos más o menos encargados, insertar el objeto de su verdadero deseo: contar, descubrir y celebrar las historias, los mitos, las tradiciones y los recuerdos de una diáspora africana multifacética. En Martinica, rodó Aimé Césaire, *Words as Masks*, un retrato polifónico, sensual e impresionista del poeta, dramaturgo y político francófono que desarrolló el concepto de negritud. En Guyana se rodó otro documental, *L'on G. Damas*.

En Guyana se rodó otro documental, *L'on G. Damas*. En Reunión, Maldoror realizó *La tribu del bosque «E»*. Y sigue intentando recaudar fondos para *Colonel Delgr's*, un largometraje sobre un coronel de las Indias Occidentales que amaba la música clásica, luchó en los ejércitos de Napoleón, llegó a creer en las ideas de libertad, igualdad y fraternidad, pero al regresar a su isla natal, Guadalupe, descubrió que se había restablecido la esclavitud. Un hombre que, como Maldoror, conocía el precio de caminar por la delgada línea que separa las razas y las culturas.